El romanticismo peruano y Carlos Augusto Salaverry

1 830, que significa en Europa la primera contienda de la burguesía liberal y la fecha clave del romanticismo, fué el año de nacimiento de muchos de nuestros poetas románticos. En él nació en Piura, Carlos Augusto Salaverry — hijo de Felipe Salaverry—, aquel caudillo nacionalista fusilado en Arequipa.

Su partida de bautizo consta en la parroquia de San Miguel de Piura registrada por el padre Miguel de la Cruz León, siendo sus padrinos don Pablo Seminario y doña Paula Godos.

“En 1830 —dice Edmundo Cornejo U.— un año después de haberse producido el desenlace de la guerra con Colombia y el destierro del Presidente La Mar, don Felipe Santiago Salaverry, su Ayudante de Campo y coronel en aquel entonces, residía en la hacienda “La Solana” del departamento de Piura, cumpliendo una comisión fronteriza que el nuevo gobierno le encargara y que, en realidad, sólo fué un pretexto para lograr su alejamiento del ejército. En ese año —4 de diciembre— y de sus relaciones con doña Vicenta Ramírez nace don Carlos Avelino Salaverry, llamado, más tarde Carlos Augusto, incluso por su progenitor”.¹

Ampliamente conocidos son los aspectos de su niñez, a partir de su llegada a la capital; su entrega al cuidado de la esposa del ya general Salaverry, doña Juana Pérez e Infantas, quien habrá de dedicarse definitivamente a él, por especial encargo del propio caudillo en su famosa carta-testamento; su estada en Chile por tres años, junto con su madre adoptiva y su hermano Felipe; su regreso al Perú y su vida en familia hasta su ingreso al cuartel, a los 15 años de edad en el batallón “Yungay”, pasando por su vecindad en

la calle Piedra de esta capital, donde al parecer surgieron ya las primeras voces líricas.

Pero no nos han sido, en cambio, revelados sus primeros años en Piura. Su conocimiento de la realidad mediante el impacto del sol caliente, las calles polvorientas, y el olor a tamarindo, la encrespada y retorcida corteza del algarrobo en el fondo del valle, la fruta jugosa de la huerta cercana; o el pueblo chico, en fin, de casas bajas, surgido a la vera de un río caprichoso y engreído. El algodón fructificando en las chacras en los años espléndidos, pero no para él que llevaba una vida triste y gris, en contraste con el medio, por la condición de su nacimiento y la pobreza de la casa materna.

¡Qué bien conocemos en cambio los altibajos sentimentales de su vida! El amor turbulento y desgraciado de su matrimonio breve con Mercedes Felices en los años más desbordantes de su pasión por el teatro; su contrariado amor por Ismena Torres: "Era una mujer sencilla que se ignoraba a sí misma", y que se reía "hasta las lágrimas" de los dramas de Salaverry y de sus versos apasionados, y a la que la familia casa por conveniencia, evitando así sus amores con quien no parecía conveniente para un buen enlace.² Los amores de su madurez, también obstruidos y vetados, pero en los que el poeta vence, atravesando otra vez el mar y casándose en Europa, cuando ya estaba cubierto de canas y parecía su alma "sumergida en un abismo de hipocondría y de fastidio".³

Nacido al parecer para el cuartel, resulta Salaverry poeta. Combina, sin embargo, el improntu militar y el dulce lamentar de su poesía amorosa; su disciplina y el irónico llamado al contraste, a lo Heine, que va surgiendo a través de la depuración de sus motivos románticos. Se vinculará decididamente al grupo del 48, aunque comenzara su labor literaria solo, ajeno a las palpitaciones de sus compañeros de generación y componiendo, entre guardia y guardia, tras los muros del cuartel; y verá por primera vez reproducida una poesía suya en *El Herald* de Lima, por la intervención de otro poeta y compañero de armas, Trinidad Fernández.

Su arrogancia juvenil, su improntu romántico, el apasionamiento que heredara de su padre, se manifiestan en aquella anécdota, repetida por Alberto Ureta y Ventura García Calderón: "Una noche, cuando se representaba en el Teatro Principal una de sus obras, el actor que desempeñaba el primer papel olvidó hacer un disparo

en el momento oportuno; efecto que para el autor era decisivo en la obra. Salaverry que se hallaba en un palco, impaciente por el descuido, poniéndose violentamente de pie, tomó su revólver e hizo fuego sobre el escenario. Después de la alarma producida en el teatro, interrogado Salaverry por el actor sobre el motivo que le había impulsado a asumir tan extraña actitud, contestó: Si para salvar mi drama no hubiera encontrado más espacio que el corazón de usted sobre él habría hecho fuego." "Todo el énfasis de una juventud romántica está en estas palabras y toda la arrogancia de su padre —subraya García Calderón; quien agrega—: Se parecieron extraordinariamente padre e hijo, en el arranque, en el ímpetu, en la manera temeraria de afrontar la vida." ⁴ Ya se sabe que Carlos Augusto Salaverry salió de Lima por las consecuencias de un duelo ventilado en el año 1869 y por la crisis que se produce en él ante el fracaso de su amor por Ismena Torres —la "Silvia" de Salaverry—. Desengañado, perdida en parte la exuberante fuerza de sus primeros años, Salaverry ha encontrado ya, cuando llega a Francia, en febrero de 1870, la nota amarga de la ironía en que se aproxima a Heine y aun al mismo Bécquer, que habrá de ser el principal norte de su lirismo. Pero como ha dicho Xammar: "Aspira a escudarse tras una broma bulliciosa para ocultar su amargura, pero no lo consigue enteramente, percibiéndose la esperanza trágica de una desdicha profundamente desgarrada." "Engáñame, ¡oh mentira!", le dice a "la esperanza", en un bien facturado soneto. ⁵

Del fogoso militar, del patriota arrebatado va quedándose en el poeta de una propia línea lírica, entre la dulzura y la aspereza, entre la modestia y el orgullo, con aquella discreción que tanto han alabado sus críticos.

No pueden ser más expresivos de su ulterior temperamento y de su bien medida dosis sentimental aquellos versos:

En vano se iluminan mis cabellos
de la niñez con el dorado sol,
la tristeza del alma puso en ellos
la temprana ceniza del dolor... ⁶

Secretario del coronel Prado en la revolución de Arequipa, está a su lado en el combate del Dos de Mayo combatiendo en la división del coronel Juan Francisco Balta; y luego será diplomático en Es-

tados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia. Pasó después muchos años de sinsabores y pobreza en París y regresó al Perú sólo en 1878. Está nuevamente al lado de un jefe de Estado, cuando Francisco García Calderón ocupa la presidencia en Magdalena durante la ocupación chilena de Lima. Vuelve después a Europa, donde contrae matrimonio. Y los últimos años, al igual que Pardo y que Cisneros, lo ataca la parálisis. Escribe, ya enfermo, su composición a la muerte de Víctor Hugo, el norte de la generación romántica; y muere en París en abril de 1891.

Dentro de esa trayectoria vital, Salaverry compuso un número grande de dramas desde "Arturo" hasta "El Pueblo y el Tirano", pasando por el "Atahualpa" de pleno sabor indigenista, "El Hombre del Siglo XX" de contenido social y por la traducción de Molière: "La Escuela de las Mujeres", realizando la más vasta tarea de este género en el Perú del romanticismo, aunque toda ella se encuentra materialmente perdida. Cometiendo, seguramente, en todas esas piezas el pecado de la grandilocuencia y del desborde sentimental, Salaverry hizo en ellas más expresión de su lirismo que muestra de técnica teatral, como sostiene Ricardo Palma en *La bohemia de mi tiempo*.⁷ Su validez poética estaría en la lírica y es ahí donde se ha encontrado el genuino camino de su temperamento. En este aspecto pasará del énfasis de la juventud a la dulce melancolía y al escepticismo neurasténico de "Cartas a un Angel" y terminará obsesionado por la muerte entre los versos seudo filosóficos de "Misterios de la Tumba". Pero en toda la trayectoria de esa lírica el poeta "ve en el dolor una ley fundamental de la vida".⁸

Salaverry es, sin lugar a dudas, la más alta nota lírica de nuestro romanticismo. Recogió la intimidad de Bécquer, al lado de las influencias de Espronceda, Leopardi, Vigny que se le señalan, y a pesar de su exaltado temperamento fué discreto, en medio de la arrogancia de sus frases, de la facilidad de su improvisación y de su enamorado ideal de la libertad. "El más sentido y espontáneo de nuestros poetas"⁹ —ha dicho Alberto Ureta en su tesis sobre Salaverry, que es el más completo ensayo que se ha hecho sobre esa figura de nuestra lírica.

El sentido romántico de estrechez de la realidad y de esperanza de superarla mediante el arte, tratando de conservar la ingenua actitud "natural" por encima de la tristeza de los años, del desen-

gaño; ese refugiarse en sus propias imágenes infantiles, una constante añoranza de su condición impúber que habrá de ser el gran motivo poético de José María Eguren, medio siglo más tarde, se patentiza en un soneto de Salaverry, que viene a ser claro ejemplo de su poesía:

Venid así sonriendo y placenteras
visiones que en la infancia he idolatrado
¡Oh recuerdo! ¡mentiras del pasado!
¡Oh esperanzas! ¡mentiras venideras!

Ya que huyen mis lozanas primaveras
quiero ser por vosotros consolado,
en un mundo fantástico, poblado
de delirios, de sombras y quimeras.

Mostradle horrible la verdad desnuda
a los que roben, de su ciencia ufanos
a todo lo ideal su hermoso aliño;

Pero apartadme de su estéril duda
y aunque me cubra de cabellos canos,
dejadme siempre el corazón de un niño.¹⁰

Más tarde dirá: "Sólo ruinas y sombras he encontrado... que todo es ruinas y tiniebla aquí..." Y el poeta gritará: "¿Quién arrancó esos lirios de mi infancia?"... El arte es la sola manera de triunfar por sobre ese lecho de lágrimas y abrojos que es la realidad:

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma, una aurora...¹¹

había dicho Bécquer. Ese himno buscaba afanosamente Salaverry.

¿No parece por otra parte encontrarse la explicación fundamental de la poesía de César Vallejo en esa misma persistencia de la niñez en pugna con la realidad? ¿No se ha dicho que es aquél el niño solo, abandonado, que busca inútilmente el abrigo materno, y que tiene un lenguaje balbuceante también como de niño? Su desolación frente a un mundo que sólo puede superar con su poesía a piel de carne, con su sufrimiento convertido en expresiva nota lírica acerca a Vallejo hacia Salaverry. Salaverry se encuentra, así, con los más auténticos exponentes de la lírica, en esa desolación in-

fortunada, en esa niñez que supervive y que encuentra el camino de la realización artística frente a la brutalidad espantosa de la realidad que lo sobrecoge en su sensibilidad excesivamente tierna. Unamuno dijo en el Prólogo de la edición española de la *Antología poética* de José Asunción Silva: "...un poeta ¿qué es, sino un hombre que ve el mundo con corazón de niño y cuya mirada infantil, a fuerza de pureza, penetra a las entrañas de las cosas pasadas y de las permanentes...?"¹²

Y líneas más adelante don Miguel —ese barroco don Miguel de Unamuno— decía: "Era acaso esta santa permanencia de la infancia en su alma lo que lo hacía soñar a Silva el reposo eterno de allende la tumba..." Y aquí estamos frente a otro de los grandes temas de Salaverry, y también, precisamente de Silva y de Vallejo: el de la muerte.

Diría el poeta piurano:

La humilde flor que el delicado broche
abre bajo el rocío de la noche
y en las tinieblas sus aromas vierte,
seméjase a mi musa desolada
cantando las grandezas de la nada
y el resplandor sombrío de la muerte...¹³

Salaverry se siente desde joven al pie de ella, en trance de morir y constantemente cree que cada una de sus poesías está constituida por "las notas de un instrumento que la muerte va a arrebatar" de sus manos. La muerte es así, un tema favorito de Salaverry, y claro, que de los románticos en general. Pero en él aparece como obsesiva idea. Tal vez siempre ansió morir joven, como los predestinados a la gloria, y fué muriéndose a través de una vida que duró 60 años. Títulos de poemas suyos son: "La Tumba de mis Sueños"; "En el Fétetro"; "Misterios de la Tumba"; "En el Panteón", etc. En este último declara que ama "el misterio, la sombra del ciprés y el cementerio entre dos muros de enfilados nichos"; y asegura que le place "ver la bóveda florida que sombreá el palacio de los muertos..."

Se llama a sí mismo "cantor de los sepulcros y las ruinas". Y la eternidad le grita como el 'cuervo' de Edgar Allan Poe: ¡jamás! ¡jamás!..." mientras siguen girando "impasibles las estrellas, siempre rodando en el inmenso azul..."

Pero él ha de morir, ha de perecer —“cuna y sepulcro”, como diría Silva, “de la cuna al ataúd”, como expresaría Salaverry—, quien a boca de jarro pregunta:

¿Pensais que un día he de morir? Sin duda;
quizás mañana...¹⁴

¿No es lacerante la confrontación con la muerte, igual que en el caso de Vallejo en “Piedra Negra sobre una Piedra Blanca”? ¿No es de ambos el tormento y la nostalgia de seres desafortunados que expresan su vida a través de su sentida muerte, llenándose en tanto de nostalgias, entre los cosmopolitas muros de París?

bajo el árbol mismo de la vida
puso la fresca sombra de la muerte

—se lee en “Gratitud al Cielo”; y en “Felipe Pardo”—, Salaverry exclama:

¡No sé qué lazo oscuro y misterioso
me liga a la morada del reposo
y del silencio y soledad desierta!...¹⁵

Y para que sea mayor la posibilidad de un paralelo —establecidas también las diferencias— ambos mueren en París, en abril, rotas todas las posibilidades de la vida y envueltos en un halo de sufrimiento y de predestinación. Para uno: Père Lachaise; para otro, Mont Rouge. En ambos fluye una poesía universal, libre del cuadro estrictamente regional; y, sin embargo, en ambos palpita un como propio sentimiento de la tierra, una voz de americanos perdida en el desarrollo de la vida occidental. Entonces es cuando Salaverry desearía escuchar un yaraví en los salones recargados de París y cuando sueña con su tierra. El mar y la arena se hacen presentes en su poesía como surge entre los recuerdos líricos de “Poesías Humanas” la tierra lejana y andina de Vallejo. —“Te amé como el viajero enterneado / Ama el recuerdo de su patria ausente”...—¹⁵ A *La Revista de Lima* en 1863 y el *Americano* de París de 1873, ya habían recogido gran número de poesías de Salaverry, llenas de angustia y de zozobra en que buscaba el ideal de la belleza en poesía, dentro de la persistente nota de la soledad, de la

tristeza, de la nostalgia; persiguiendo la imagen de un "ángel", a quien escribe nuevas y sentidas cartas.

Pero en su segundo viaje a Europa se acentúa su pasión por la muerte; y al internarse a veces, frustradamente, en una mal llamada poesía filosófica, se le presentan los cadáveres de Pardo Aliaga, de Corpancho y de Víctor Hugo, mientras crecen desgarradoramente las "sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas", que diría Silva.

El apasionado erótico-sentimental se muestra, en "Cartas a un ángel", donde la depuración antirromántica europea posterior a 1860 no logra borrar la actitud doliente del poeta que se acoge a la poesía becqueriana, en el intento de plasmar un sentimiento en pocas palabras, con la utilización del cuarteto de pie quebrado:

Quando veas que un ave solitaria
cruza el espacio en moribundo vuelo,
buscando un nido entre la mar y el cielo
¡Acuérdate de mí!...¹⁶

Este mismo poema se iniciaba con un cuarteto similar, plenamente becqueriano, no sólo en el intento, sino aun recogiendo un tema del poeta de Sevilla:

¡Oh! Cuánto tiempo silenciosa el alma
mira en redor su soledad que aumenta;
como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
las horas que se van!...

Se acerca también a los poemas de Bécquer, pero rematando en un yaraví en su poema "Capricho":

¿Por qué cae de tus ojos esa lágrima,
En las rosas encarnadas del rubor,
Desprendida de aquel cielo en que las vírgenes
Cubren, tras velo púdico,
el alma del amor?

¿Será que en tus sueños plácidos,
Sobre una nube de púrpura,
Miras pasar a los ángeles
Suspirando junto a ti;

O es que miras al crepúsculo,
repetido en la onda trémula,
como en un espejo límpido,
el diamante que te di?

*Dímelo,
Tórtola,
Tímida.
¡Sí!* ¹⁷

Y ahí está en las últimas cuatro líneas la presencia americana —peruana— impensada seguramente, de la tórtola —la palomita del yaraví—, hablándonos de Mariano Melgar y de harawis precolombinos. El harawi precolombino, transformado en voz hispana en el yaraví, estaba formado por estrofas cortas que, a su vez, tenían versos muy cortos —tres, cuatro o cinco sílabas— como para ser repetidos de memoria y con una carga impresionista en cada palabra:

Al cantito
dormirás.
Medianoche
yo vendré...

Dentro de esas composiciones la tórtola —la palomita— es el símbolo de la amada, que generalmente ha huído o está lejos:

Extraviada mi paloma
desventurado soy.
Sin mi bien amada
¿para qué vivo?...
Palomita blanca
de las Cordilleras
préstame tu pluma
para mi recuerdo...

Mariano Melgar tomaría el tema folklórico de la paloma en sus yaravíes —estricta poesía mestiza— con la misma intensidad impresionista:

¡Vuelve mi palomita
vuelve a tu dulce nido!

Así, Salaverry utiliza en "Capricho" un final netamente vernacular, unido a la tendencia becqueriana de simplicidad, de pura

vena lírica. Su intento de lograr una poesía estrictamente poética, alejándola un tanto del descriptivismo de sus contemporáneos se manifestaba en un soneto de *Albores y destellos*: "Mi festín no es prosa / El verso es *un confite* de ambrosía" ... Pero, sin embargo, no llega a tener el ahorro de lenguaje que caracteriza a Bécquer; esa maravillosa parquedad de éste en medio del sentimentalismo que lo embarga. Necesita Salaverry un mayor número de palabras y se pierde, muchas veces, en largas estrofas retóricas.

Además no se apartó completamente de la descripción, que primaba en los demás románticos y en la presencia de la Naturaleza, que no asoma en la intimidad de Bécquer. Hay un soneto, fechado en Coburgo en 1873, donde los motivos marinos surgen gratamente en el poeta, para terminar sintiendo la presencia de Dios en sí mismo, como una respuesta a la insinuación de la Naturaleza circundante. Márquez y Cisneros sienten también la poesía como respuesta a la incitación del Universo que les habla de Dios, en donde converge todo sentimiento; pero en ellas hay una eufórica manifestación de la divinidad presidiendo el universo y forjando el genio poético. En Salaverry hay una oscura nota de desolación, de sobre-cogimiento, aunque señale la "inmensidad de Dios" como el mar bella y más viva que el sol surgiendo en su "alma". El soneto es el siguiente:

Bajo cortinas de oro el sol desmaya
entre sombras que un tûmulo semejan.
En sus sudarios húmedos, se quejan
ondas que lamen la desierta playa.
Del Occidente en la purpúrea raya
como blancas gaviotas se bosquejan,
barcas de pescadores que se alejan
y aproan al fanal de la atalaya.
¡Qué cuadro! ¡Qué pincel! ¡Qué poesía!
El cielo, el mar, la luz, la onda, la estrella,
la nave audaz que el marinero guía.
Y más viva que el mar, como él sin calma
y más viva que el sol, como él tan bella,
¡La inmensidad de Dios que surge en mi alma! ¹⁸

Antes había sentido la sensación de la muerte sobre el "piélago" cuando la tragedia habíase hecho carne y realidad sobre "los yermos

del mar" en la persona de su amigo y compañero "romántico" Manuel Nicolás Corpancho. Salaverry dijo entonces:

Fueron de llamas y salobre espuma
los pliegues de tu sábana mortuoria...

Y en el propio poema añadía:

Qué importa tu naufragio aquí en la tierra
si flotante en un verso va tu nombre
de una ola en otra hasta la edad madura...¹⁹

La poesía romántica sobre el mar continuaba la línea que arrancando del Conde de la Granja, venía hacia Salaverry pasando por Melgar.

Tal vez fué a través del mar como el poeta reflejó mayormente algo de su medio ambiente. Y sólo una pequeñísima parte. Aun en él, vió particularmente sus propios pesares, el mundo interior que predomina en su subjetivismo, rotas las ligaduras con el mundo circundante. La visión del mar en el puerto de Coburgo termina por mostrarle la inmensidad de Dios que surge en su alma. Y el mar es profundo como su angustia: tormentoso e inmóvil, según las circunstancias, o sudario y tumba. En su poema "Inocencia y Orgullo" se suman sobre el océano en determinadas estrofas, las notas del amor, de la nostalgia, de la muerte y de persistencia en la niñez que destacan en la poesía de Salaverry:

Todas las tardes, cuando el sol destella
su moribunda luz sobre la roca,
voy a mirar la espuma que se estrella
de la ola azul que con las peñas choca.
Tiendo hacia el mar mi solitaria huella,
y allí un suspiro de mi mente evoca
recuerdos que no borra la distancia,
desde la tumba al lecho de la infancia...²⁰

Es el instante "en que la sombra vaga" en "torno de la luz que desfallece". El ambiente es propicio al desasosiego:

"¡Es tan triste morir" —dirá Salaverry en la "Tumba de mis sueños", impulsado por la visión de un sol muriente, en la línea del horizonte marino, mientras lo rodea un mundo desértico, como

las playas de nuestra costa, frías, blancas, desoladas. Hacia ellas acude a través de un sinnúmero de poemas.

¡El mar! ¡el mar! ¡...emblema de mi vida
imagen mía que en el alma siento:
siempre contra las rocas combatida,
ola tras ola a la merced del viento!...

Y del fondo del mar surgirán también acentos de ternura como voces de ángel que murmuran a sus oídos. Su ángel, la creación de un ser ideal. Pero, a la vez, el mar es distancia, es motivo de lejanía:

¡Que entre mi labio y tu oído
se alzan con ronco bramido
todas las olas del mar!...²¹

Y surgirán los "profundos senos" de "dos inmensidades" y el abismo de las aguas sombrías. El amante solitario inútilmente quiere encontrar un nido entre la infinita indiferencia de los ilimitados horizontes de cielo y mar confundidos.

Es indudable que a través de todo aquello, Salaverry se nos presenta como un poeta costeño del Perú, a pesar —como repito— de que su poesía no es propiamente localista, sino intimista. Pero alguna vez se nos hace presente su "costeñismo" peruano en "Variación", por ejemplo, poema escrito en París en 1872, francamente nostálgico, que termina:

Allí a la sombra de racimos negros
te cantaré las quejas y suspiros
de un yaraví cuzqueño en mi guitarra.²²

Si quisiéramos estudiar el vocabulario de Salaverry, encontraríamos profusamente repetidas palabras como: ángel, niño, dolor, muerte, tumba, vida, verdad, mar, sombra, amor y derivados; desolación, ilusión, recuerdos, flor, celaje, que indican el campo de su poesía romántica dentro de diversas formas métricas. A través de su obra, Salaverry utilizaría, así, el soneto, el octosílabo popular y el endecasílabo itálico; las estrofas de pie quebrado y las formas nuevas de metros combinados en que se mezclan hexasílabos y endecasílabos, que terminan en dos versos de siete o en las sorpresivas notas de yaraví plenamente logrado en "Capricho", que viéran-

mos anteriormente. En cambio, su poema "El Yaraví", aunque utilice octasílabos como algunos de los de Melgar, no corresponde al espíritu, ni al ritmo de aquéllos en una artificiosa sucesión de quintillas.

El poeta se desenvuelve con mejor soltura en los sonetos y en las estrofas de pie quebrado —no coplas— y en los últimos años se entrega a las composiciones de reflexivos endecasílabos, influenciados tal vez por Núñez de Arce y por una tendencia pseudofilosófica a lo Campoamor.

Es interesante señalar la persistencia con que Salaverry emplea el recurso poético de una estrofa final que sintetiza los pensamientos desarrollados en estrofas anteriores que van girando alrededor de un tema. Este recurso renacentista, cuyo más vivo ejemplo es el primer monólogo de Segismundo en *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, aparece en varias composiciones de Salaverry y a través de diversos estadios de su poesía. Tenemos un ejemplo preciso en su soneto "A la Esperanza":

Yo sé que eres una ave fugitiva,
un pez dorado que en las ondas juega,
una nube del alba que despliega
su miraje de rosa y me cautiva.
Sé que eres flor que la niñez cultiva
y el hombre con su lágrima la riega,
sombra del porvenir que nunca llega
bella a los ojos y a la mano esquiva.
Yo sé que eres la estrella de la tarde
que ve el anciano entre celajes de oro,
cual postrera ilusión de su alma, bella;
y aunque tu luz para mis ojos no arde,
engáñame ¡oh mentira! yo te adoro,
ave o pez, sombra o flor, nube o estrella...²³

Así también, en "La tumba de mis sueños", después de girar en torno de una variada apreciación de cómo más allá de la extinción de las cosas aún perdura un signo de lo que fueron como manifestación de eternidad, termina en dos cuartetos que dicen:

Y yo también, como la luz de un día
como la ola del soberbio mar,
como las flores de la selva umbría
como la antorcha que a apagarse va

quiero un celaje, un lánguido murmullo,
 un perfume, una queja, algún rumor,
 que sollozando con doliente arrullo
 repita el eco de mi triste voz!...²⁵

Estaría en falta un ensayo sobre Salaverry, sino se refiriera a la poesía patriótica de sus primeros años. Vinculada directamente la generación romántica con Castilla, hemos señalado, en otro trabajo,²⁵ las relaciones vivas que se establecieron entre Corpacho, Palma, Cisneros, Aróstegui, Silva, Casós, Salaverry —todos escritores románticos— con la figura del viejo Mariscal, que llegó a sincronizar su acción política con la trayectoria del grupo romántico, arrancando así, de la declaración, del gesto revolucionario, del énfasis expresivo, a la tarea ya medida y equilibrada del redescubrimiento nacional; pasando de la improvisación y del alboroto a una actitud de investigación, de aprendizaje de una técnica que estuviera más en orden con la idiosincrasia peruana. Precisamente bajo la égida de Castilla es como Salaverry inicia su acción poética, que se vincula directamente al Libertador en los años del liberalismo del 54 al 58, con algunas manifestaciones de Oda Heroica. “¡Gigante de la Fuerza!”, lo llama entusiastamente Salaverry; pero añade a esa nota de vigor que podría llevar invívita una alabanza a la dictadura que propiciaban ciertos grupos, la alegría que produce en él la decisión de Castilla de dejar la primera magistratura, “el mismo día que la Ley lo manda”, “Nada te importa el cortesano incienso / y es más alta la cumbre que ambicionas...” Salaverry juega entre su puro ideal de republicano jacobino y la admiración que profesa a Castilla:

Cuando leo en el siglo venidero
 el epitafio de tu inmensa fama,
 bajo tu estatua ecuestre de guerrero,
 y que el Perú *Libertador* te aclama:
 aunque la voz de mi altivez te asombre
 siento en mis manos no tener tu acero
 tu ejército y tu nombre...²⁶

El corazón del joven poeta se inflama de entusiasmo y el diti-rambo está alcanzando las más altas notas. Impresionado por sus lecturas juveniles de Shakespeare —la pasión en ristre y la cavilación barroca— Salaverry compara su juvenil aliento y su humilde

pequeñez con la majestad de la figura de Castilla: "por todas partes tu poder me abruma". Por un lado pretende "con la pluma humedecida en llanto" darle "una gloriosa palma, con un eterno canto" y seguirle hasta "el templo de la gloria" como si fuera su "sombra expiatoria". Pero, por otro, el poeta encuentra que es vana su ilusión, puesto que Castilla ha subido tan alto, teniendo por pedestal una montaña, que él se siente humillado, confuso, a ras del suelo. Y otra vez, nuevamente levantado por sus ideales de repúblico libertario dice a Castilla amenazante, que si con su "planta heroica" aplastara posteriormente la ley, él surgiría como un nuevo Bruto para aniquilar al nuevo César, aún amándole.

Años más tarde y aunque había militado en la oposición a Castilla en los momentos finales de su presidencia, del 60 al 62, Salaverry compondrá ante la muerte del Gran Mariscal, su conocido poema "28 de Julio" en que exhibe en encendido elogio, los valores patrióticos y políticos que había encarnado Castilla. Liberación de los indios, supresión de la esclavitud de los negros, reconstrucción política y financiera del país, son temas que sirven para exaltadas estrofas de Salaverry, aún llenas del penacho romántico y en algunas ocasiones con prosaicas exposiciones de doctrina política.

El poema se inicia con un llamado a la tristeza por la muerte de Castilla:

¡Calle el festivo son de la campana
voz de metal que vibradora zumba!
Esa nota es sacrílega y profana,
cuando solloza la nación peruana
y en cada corazón se alza una tumba! 27

Para los negros manumitidos están los versos aquellos en que expresa:

¡Tornad libertos la pupila al cielo
vestida el alma de tristeza y luto!

Y luego se vuelve a los indios y les apostrofa:

Y tú, cantor del yaraví doliente
raza del sol, prosterna la rodilla;
jamás tu padre volverá al oriente...,

que el propio Salaverry explica en una nota: "los indios del Imperio decían: 'mi padre el sol'; los de la república han dicho: 'el taita Castilla'."

Las dos últimas estrofas son muy conocidas, con tendencias a las frases hechas:

La pluma de la historia dirá, un día,
cuando su cetro la verdad recobre:
—Fué tan patriota cuanto ser podía,
y aunque el oro a sus plantas esparcía,
el pueblo le bendijo—. ¡Murió pobre!...
Sombra ilustre. De América recibe
eterno el lauro que tu nombre adquiere;
ella en el libro de su historia escribe:
¡Quien vive por su Patria, nada vive!
¡Quien por su Patria muere, nunca muere!...

Esta alabanza final y emocionada de Castilla mereció, asimismo de Salaverry una nota explicativa: "A los que juzguen apasionado nuestro elogio del general Castilla, no será demás advertir que no es inspirado por la más leve reminiscencia del favor. En las filas de la oposición, osamos mirar de frente su poder, y, aunque pequeños, resistimos su mirada de león. Un día escribimos: "Iré, como tu sombra expiatoria, / siguiéndote hasta el templo de la gloria". "A su tumba hemos' venido a cumplir esa palabra."²⁸ Ante su muerte, Luis Benjamín Cisneros, también liberal y opositor a Castilla, compondría un poema por encargo de la Academia Nacional de Ciencias y Letras; y las grandes figuras del liberalismo doblaron sus banderas enlutadas ante la desaparición de Castilla, muerto sobre la soledad misma de los yermos calcinados de Tarapacá.

Ya para entonces había figurado Salaverry al lado del general Prado en la secretaría presidencial, cuando la gesta defensiva del Perú ante los intentos de reconquista española. Y su voz se había unido a la de los demás románticos, movidos por el resorte del patriotismo, para cantar la victoria del "Dos de Mayo". Juan de Arona había compuesto un poema sarcástico: "La España Teutónica y la Pinzonada"; Althaus había repudiado la acción de la marina española en poema de octavas reales: "A España"; Salaverry exalta las glorias nacionales, con los ecos de la orografía americana y el "acento del Niágara profundo".

Dieciocho años más tarde, presente en el Perú después de una larga permanencia en Europa, ya envuelto en la torturante etapa de su pesimismo, contempla la derrota del ejército peruano y ayuda a Francisco García Calderón en la infausta tarea de tratar de entenderse con el vencedor. Su pluma vuelve, por un momento, a sumergirse en el tono nacional y compone "Ambición Guerrera", dedicada al Presidente de la República doctor don Francisco García Calderón; en ella apoya la acción por una paz que librara al Perú de la opresión del enemigo y no lo entregara a las calamidades de una contienda civil, otra "guerra bruta" subraya el poeta.²⁹

Ya en 1873 decía en una carta a Héctor F. Varela: "Saludar a Llon y a usted con las últimas notas de un instrumento que la muerte va a arrebatarse de mis manos"... Y se fué muriendo de su propia muerte durante cerca de veinte años. En cuarenta de actividad poética cantó al amor, al mar, al recuerdo y a la muerte, principalmente, aunque también manejó la oda heroica y la poesía humorística. Pero no tuvo pincel para describir el cuadro de su niñez: Algarrobos, dunas, casas de zócalos bien marcados y de aleros extendidos, plazuelas de tamarindos, puente de fresca brisa, chicha de diversas notas claras con nombres de mujer, y gritos de sol sobre los patios donde se cocina el carnero para el "chabelo" popular. Sólo recordó claramente el dolor que había ido amontonando, desde la calle Tacna de la ciudad norteña donde viviera oscuramente hasta la desolada presencia frente a la eternidad en un 7 de abril de 1891.

... La eternidad no aterra
sino al oscuro espíritu del hombre
que no ve de otro sol la luz más pura.³⁰

Y se quedó definitivamente solo ante "la majestad sombría de la muerte".

AUGUSTO TAMAYO VARGAS

N O T A S

1 Cornejo Ubillús, Edmundo. Prólogo a la *Antología* de Carlos Augusto Salaverry. Ediciones Hora del Hombre, Lima, 1948.

2 Xammar, Luis Fabio. "Táctica lírica de Carlos Augusto Salaverry." *Letras*. Órgano de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. N° 19. Lima, segundo cuatrimestre de 1941.

3 En el prólogo citado de Edmundo Cornejo.

4 Ureta, Alberto. *Carlos Augusto Salaverry*. Tesis presentada para optar el grado de Doctor en Literatura ante la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, 1918.

Reproduce la misma anécdota Ventura García Calderón en notas al tomo *Los Románticos*. Biblioteca de Cultura Peruana. Tomo 8. Desclee de Brouwer. París, 1938.

5 Salaverry, Carlos Augusto. "A la Esperanza". *Diamantes y perlas*. Lima, 1889. Reeditado en Lima, 1880. Comprendida la colección, más tarde, en el tomo general de su obra lírica que bajo el rubro de *Albores y destellos*, se editara en Biblioteca Americana, dirección de Luis Benjamín Cisneros, El Havre, 1871.

6 Al respecto, puede verse el artículo de Luis Fabio Xammar "Táctica lírica de Carlos Augusto Salaverry", anteriormente citado.

7 Palma, Ricardo. *La bohemia de mi tiempo*. Biblioteca del Pensamiento Peruano. Prólogo y notas de Augusto Tamayo Vargas. Ediciones Hora del Hombre, Lima, 1948.

8 Ureta, Alberto. *Carlos Augusto Salaverry*, etc.

9 *Ibidem*.

10 Salaverry, Carlos Augusto. "Ilusiones". *Diamantes y Perlas*, etc.

11 Bécquer, Gustavo Adolfo. "Rima I". *Obras*. Tomo tercero. Sexta edición. Librería de Fernando Fe. Madrid, 1907.

12 Unamuno, Miguel de. Prólogo a la edición española de la *Antología poética* de José Asunción Silva. Aguilar, S. A. de ediciones. Madrid, 1952.

13 Salaverry, Carlos Augusto. "Felipe Pardo". *Parnaso peruano*. Antología y notas de José Domingo Cortés. Valparaíso, 1871.

14 Véase al respecto, de Carlos Augusto Salaverry: "La tumba de mis sueños", compuesto en Lima, el 16 de junio de 1860 y publicado en *La Revista de Lima*, tomo vi, 1862; el anteriormente citado "Felipe Pardo"; los poemas "Horas Tristes" e "Inocencia y Orgullo" de la colección "Albores y destellos", *Albores y destellos*. Biblioteca Americana, etc.; y su obra *Misterios de la tumba*, poema filosófico. Lima, 1883. La última cita es de "En el Panteón", comprendido en la colección de "Misterios de la Tumba".

15 Salaverry, Carlos Augusto. "Gratitud al Cielo". *El americano*. París, enero de 1873.

15 A Salaverry, Carlos Augusto. "Felipe Pardo", etc. Salaverry, Carlos A. "Mis Deseos". Colección Cartas a un Angel. *Albores*, etc.

16 Salaverry, Carlos Augusto. "Acuérdate de Mí". Colección Cartas a un Angel. *Albores y destellos*. Biblioteca Americana, etc.

17 Salaverry, Carlos Augusto. "Sí" (Capricho). Colección Cartas a un Angel. *Albores y destellos*. Biblioteca Americana, etc.

18 Salaverry, Carlos Augusto. "Vista de mi ventana". (Escrito en Coburgo el 20 de agosto de 1873). *El Americano*, París, agosto de 1873.

19 Salaverry, Carlos Augusto. "Contemplando el retrato de Manuel Nicolás Corpancho". *Parnaso peruano*, etc.

20 Salaverry, Carlos Augusto. "Inocencia y Orgullo". Colección Albores y Destellos, *Albores y destellos*, etc.

21 Ver "Horas Tristes", de la colección Albores y Destellos, y "31 de Diciembre. A medianoche", de la colección Cartas a un Angel. *Albores y destellos*, etc.

22 Salaverry, Carlos Augusto. "Variación". *El Americano*. París, diciembre de 1872.

23 Salaverry, Carlos Augusto. "A la Esperanza". *Diamantes y perlas*, etc.

24 Salaverry, Carlos Augusto. "La tumba de mis sueños". *La Revista de Lima*, etc.

25 Tamayo Vargas, Augusto. "El mariscal Castilla y los románticos". (Conferencia.) *Actividades de extensión cultural en el Centro de Instrucción Militar del Perú durante 1954*. Editorial del CIMP. Chorrillos, Lima, 1954.

26 Salaverry, Carlos Augusto. "A Castilla". *Suplemento dominical de El Comercio*. Lima, 30 de mayo de 1954.

27 Salaverry, Carlos Augusto. "28 de Julio". *Albores y destellos*, etc.

28 *Ibidem*.

29 Salaverry, Carlos Augusto. "Ambición Guerrera". *El Orden*. Lima, 6 de mayo de 1881.

30 Salaverry, Carlos Augusto. "Contemplando el retrato de Manuel Nicolás Corpancho", etc.